



Alma blanca

CUANDO Sor María Filomena se durmió en el seno del Señor, en la selvas oyó, del lecho a la vejeana, como ruido de alas. Era el alma blanca de la monja que se remontaba hasta el cielo azul. Después de algunos instantes de haber llegado a la áurea puerta del cielo, se detuvo gozosa y ante un ángel de Dios que estaba en guardia, se arrodilló con reverencia y le dijo:

—Ángel divino recibeme; vengo de la lejana tierra.

—¿Y te llamas?

—Sor María Filomena.

—¿Fuiste absuelta de tus pecados?

—Libre de toda culpa quedé siempre; viví inocente, lejos de las murmuraciones humanas.

—¿Y nunca pecaste?

—Jamás; de las borrascas del mundo me sustraje siempre.

El ángel estuvo un momento pensativo, y díjole en seguida:

—Vuelve a sufrir a la tierra lejana.

—¿A sufrir otra prueba?

—Sí, ama, duda y sufre. No se abren estas puertas de oro a las almas tímidas que vivieron en triste soledad.

—Y para que se me abran, ¿qué debo hacer?

—No te sustraigas a las batallas de la vida.
¡Lucha!

GABRIEL D' ANNUNZIO.

La nave entre hielos

(Versión de Manuel Enrique Arceán-Argas)

En el ártico mar, bajo la grave
fría techumbre del borrado cielo,
rota la proa, yace antigua nave,
prisionera entre témpanos de hielo.

A do vayan inquietas las miradas
en esa soledad do el hielo impera,
tan sólo ven llanuras desoladas,
rocas de hielo . . . ¡Hielo dondequiera!

Entre las sombras de la noche bruna,
del horizonte en el confín distante,
turbio aparece el sol, fosca la luna,
y en el cielo se ven sólo un instante.

De la llanura en la extensión inerte
jamás de vida palpité un aliento,
y no flota en la calma de esa muerte,
sobre ese horror, ni voz ni movimiento.

En aquellas regiones desoladas
desiertos por el ábrego barridos,
sólo se oyen a veces de bandadas
de aves negras los tétricos graznidos.

Antes de que sus flancos destrozados
fueran allá donde la nave mora,
de los rugientes mares dilatados
todas las playas conoció su proa.

De las hijas del viento en compañía
la vió del ecuador el cielo urente,
y cruzó con gallarda bizarría
los mares todos, desde Ocaso a Oriente.

Vió la boca del Ganges; el distante
cabo de la Esperanza; surcó el seno
del Mar de las Antillas resonante,
y su bandera recorrió el Tirreno.

Era su nombre PORVENIR; su vida
fué el libre y ancho mar; y yace ahora
por témpanos de hielo detenida,
e inmóvil yace su volante proa.

Los años pasan. Desde el turbio Oriente
la mira un sol de luz amortiguada,
y una luna sin brilloy lentamente
la nave se deshace abandonada.

Ya derribó los mástiles el Noto;
la quilla, entre los hielos, yace hendida;
se hunde el puente. . . . el timón está ya roto,
y cayó al mar el ancla desprendida.

Arriba, el cielo tenebroso y frío,
y el desierto en redor, mudo y sombrío.

ARTURO GRAF (*)

*(Arturo Graf, poeta y erudito italiano, hijo de un alemán,
nació en Atenas en 1849).*



El madrigal del Hastío

CUANDO en las pausas del amante juego,
contempla mi mirada codiciosa
sobre el ensueño de damasco rosa
tu intacta desnudez de mármol griego,
hundiendo en tus cabellos mi cabeza
para aspirar mejor tu íntimo aroma. . . .
—¡Eres la eternidad de la belleza!

Y a mí mismo suspirome, en secreto,
obsesionado por tenaz idea:
—¡Qué bien tu carne en flor, cubre y moldea
la frágil armazón de tu esqueleto!

Clavas en mí tus ojos sensuales,
y exclamo, por su brillo deslumbrado:
—¡No son sólo los astros inmortales:
que en tus ojos la luz se ha eternizado!

¡Y bajo el resplandor de tu mirada
siento, mientras te beso o te sonrío,
el terror espantoso de la Nada
y la angustia infinita del vacío!

¡No hay dicha para mí que emponzoñada
no esté; que al corazón llevo enroscada
la víbora insaciable del hastío!

FRANCISCO VILLAESPERA,

Aurora

Los himnos se elevan hacia los dioses en el momento en que el carro de Indra, todo centellante de luz, viene a despertar al mundo abatido.

Sube hasta el cielo que se desgarrar y nos da esa alimentación luminosa que sacia nuestros ojos.

Hija del cielo, Aurora, diosa brillante y generosa, detén el genio maléfico de la noche y expulsa el inmenso buho que cubre el cielo.

¡Ya ha nacido, ya va a brillar la divina aurora; ven, ven gloriosamente y sube al cielo para hacerlo resplandecer de luz!

Eleva tu estandarte por encima de las montañas, y ven en tu carro que arrastran vacas de colores purpúreos.

Los fulgores de la aurora se distinguen; ella avanza por grados; ilumina lo que la rodea y da a todo tintes tornasolados.

Bella y benévola, sonríe.

Vedla, abriendo las puertas del cielo y coloreándose con los fulgores del sol, su amante.

De igual modo que un profundo mar, así todo lo llena con su grandeza.

Siguiendo los pasos de las auroras pasadas, eres la primogénita de las auroras futuras, de las auroras eternas. ¡Ven a reanimar todo lo que tenga vida, aurora! ¡Ven a vivificar lo que está muerto, madre de los dioses, puesto que contigo todos los dioses despiertan! ¡Ojo de la Tierra, porque sin tí el mundo sería ciego! Mensajera del sacrificio, noble aurora, brilla para nosotros; aprueba nuestros votos, y esparce sobre nosotros tu luz!

¡Aurora, bendice, iluminándolo con tus rayos, al padre de familia prosternado ante tí rodeado de sus hijos!

PRASCANWA GOTAMA.



El mago



JUAN FORT—hastiado de todo a la edad de cincuenta y nueve años—encontróse con un mago.

—Hombre extraño—le dijo—me asombra tu serenidad. Amas la Vida, la obscura, la inútil, la odiosa vida que yo desprecio... No creo en Dios. ¡Mal-ditos sean los seres y las cosas y el sol que nos alumbra!

—¡Blasfemo!—exclamó el mago. ¡Arrepiéntate! ¡Cambia tus miserables voces por una frase de alegría y de esperanza! ¡Dios existe! ¡La Vida es sagrada! ¡El sol es sagrado!

Juan Fort sonrió despectivamente.

Entonces el taumaturgo tendió el brazo armado de una varilla milenaria, y con ella tocó la frente del réprobo. Este retrocedió cinco metros de un salto formidable y quedóse inmóvil, como petrificado. Una vigorosa sensación de juventud cruzó por su alma y su cerebro, vibrantes de imágenes antiguas.

—En cada salto recobrarás diez años—murmuró el mago.

I avanzando siempre sobre el ateo, clavado en el suelo por una voluntad desconocida, cuatro veces le hizo retroceder violentamente con cuatro solemnes ademanes de su brazo.

I Juan Fort se vió cómo era a los nueve años, con su traje corto y sus largos bucles amarillos.

El varón prodigioso caminaba hacia él con la diestra tendida hacia adelante. Un momento más y lo hundiría en la Nada. Un miedo terrible le hizo temblar. Dobló las rodillas gimiendo:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Pero al incorporarse, el mago había desaparecido; y Juan Fort, aun más viejo de lo que antes era, sintió la impresión del hombre que, en plena claridad del día, recobra de súbito la vista perdida en la infancia.

FROYLÁN TURCIOS.

Noviembre de 1916.

Clasicismo y romanticismo

(Traducción de Roberto de Noroña)

BENIGNO el sol, del hombre las fatigas
alegre aynda y ama;
por él la mies ondula, y con espigas
rubias, la hoz reclama.
Del vuelto arado la luciente reja
sonriendo ilumina,
mientras lenta la mansa yunta deja
la surcada colina.
Bajo el pámpano tierno que lo cubre
racimo hinchado irisa;
y al árbol cuya pompa esparce octubre
lanza triste sonrisa.
Por entre oscuros techos penetrando
un rayo, ¡oh, sol! envías
a la niña que olvida, trabajando,
sus juveniles días.
De esperanza y amor, al verte, canta,
y por tu rayo, al cielo
el alma al par que la canción levanta
como la alondra, el vuelo.
Mas a tí ¡oh, luna! embellecer te agrada
las ruinas y el luto;
y al lampo de tu lumbre desmayada
no brota flor ni fruto.
Si duerme el pobre en su rincón sombrío,
entras por la ventana
y le despiertas a que sienta el frío
y piense en el mañana.
Luego, adornada en altos campanarios
de lánguidos fulgores,
coqueteas con bardos perdularios
y livianos amores.
Después, en la morada de los muertos,
tu luz cobrando bríos,
compite en brillantez con cráneos yertos
y con mármoles fríos.
¡Odio tu faz estúpida y la vana
modestia de tus velos,
lasciva e infecunda cortesana,
galeota de los cielos!

JOSÉ CARDUCCI.

El triunfo dell'amore



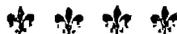
SU ALMA era como un paisaje áspero y sombrío, paisaje de rocas grises, crestas áridas, despeñaderos oscuros. Apenas raquíuticos tallos de hierba y flores exangües se asomaban tímidamente por los intersticios de las rocas. Toda la vida del paisaje convergía a un torrente de ondas amargas que pasaba sollozando, lamentándose, rugiendo imprecaciones y blasfemias.

De cuando en cuando, el torrente lanzaba hasta el cielo espumarajos de ira. Pero, grito de furia y sollozo, la voz del torrente no hablaba sino de injusticias, peleas y venganzas.

* * *

Un día, por ese paisaje áspero se extravió una abeja de alas rubias. Sobre la desesperante aridez de las rocas o en la margen del torrente, la pobre abeja estuvo a punto de morir, sedienta de rocío y de sol. Casi exánime ya, alcanzó a ver en la junta de dos rocas algunas flores pálidas, y el escaso jugo de esas flores fué para la abeja sitibunda banquete de príncipes. Luego, más habituada a la obscuridad, la abeja fué de grieta en grieta, y en cada grieta de roca halló nuevas flores pálidas. Por último, al cabo de muchos días, en una de esas grietas apareció, como lágrima de oro en el borde de un párpado negro, una gota de miel. Al fluir de la gota de miel cambió de espíritu el paisaje, que de sombrío y áspero se tornó en suave y luminoso. Una tras otra, muchas gotas de miel brotaron de un panal invisible, hasta formar sobre las rocas grises uno como hilo de llanto dulce y blondo que bajaba a desaparecer en el agua del torrente. Y desde entonces el torrente ni imprecaba, ni solloza, ni ruge: se desliza, coronado de flores, cantando la canción del amor y el triunfo de la vida.

M. DÍAZ RODRÍGUEZ.



Visión de pesadilla

Saltó el tigre sobre el lomo del caballo, de repente;
y el caballo rasgó el aire con un trémulo piafido,
retendió nerviosamente,
arrancó de un golpe el lazo, y escapó despavorido.

Fué un fantástico galope por la selva. Fué la extraña
visión de una pavorosa pesadilla...

Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña
una roja media luna levantaba su cuchilla.

Extendida largamente la cabeza,
desenvuelta por los aires la espesura de la cola,
el corcel corría, lleno de una trágica grandeza,
a galope, por en medio de la selva muda y sola.

Y corría... y corría siempre. cómo
una sombra galopante; y en la vasta noche oscura,
iba el tigre sobre el lomo,
recortando la silueta de su clásica figura.

Se dijera que hasta el viento
puso, ante ese desbocado sufrimiento,
un estrépito en los cascotes y en las crines un silbido...
Y el caballo, por la fiebre poseído,
arrastraba, en la carrera de su fuga sin sentido,
un estrépito en los cascotes y en las crines un silbido...

Pero, al fin, cayó rendido;
y un rugido, un gran rugido
de alborozo envuelto en saña
llenó, entonces, el espanto de esa larga pesadilla...
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja media luna levantaba su cuchilla.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



Noche evocadora

(Traducción de A. D.)

Mientras los campos se oscurecen mis pupilas se tornan más transparentes.—Ya apunta la luz de una estrella—y los grillos redoblan su letanía.

Cada voz es más evocadora:—lo vulgar hácese milagroso.—Detrás del bosque el cielo está más pálido,—mientras las cimas se bañan de claridad.

Y tú no notas, al pasar, viajero,—cómo la luz se descompone—en el amplio seno de las sombras.—
Pero, inesperadamente, te sientes sobrecogido.

RICARDO DEHMEL.

Hortus larvarum

(Traducción de Abel Marín)

Aquel jardín hermoso de los lejanos tiempos
se pierde entre las nieblas, se pierde entre las sombras.
Las fuentes limpias, claras, con claridades de ópalo,
conservan en su seno sonidos y congojas
extraños, misteriosos.... De los rosales caen
fatigadas las rosas;
y caen, ya perdido su místico perfume.
El alma languidece como una corola,
y los sueños de esa alma, tristes, vanos, evocan
tiempos que ya no existen,
perdidos en el vago confin de la memoria.

¡Oh músicas! - ¡Oh danzas de tiempos muy lejanos
que arrullábais las bóvedas
de templos seculares, o las estancias vírgenes;
que huísteis fugitivas a la presión nerviosa
de manos blancas, manos de mujeres que han visto
su juventud sin dueño, de las mujeres solas. ...
de las mujeres ávidas
de amor y de ternuras; que suscitáis la ronda
de sueños de otros tiempos,
de tiempos que no existen siquiera en la memoria!

¡Oh mágicos perfumes de tiempos muy lejanos
que en el fondo dejásteis de encantadas redomas,
ambarinas, vacías, una huella de esencias
profundamente triste, sutil y silenciosa
y que emanar parece algún espíritu! (¿Acaso
en las almas amantes, dulces y melancólicas,
uno de esos recuerdos siquiera se desvanece?);
que despertáis historias
y sueños de otros tiempos,
de tiempos que no existen siquiera en la memoria.

¡Oh imágenes amadas de tiempos muy lejanos
que hoy animáis el pálido reflejo en que se copian
las ninfas de los ríos,
las bellas cazadoras
armadas, tras los ciervos de hermosas cornamentas,
por los silentes bosques paganos! (¡Oh tú, diosa
de Delos, que en las noches ardientes de verano
quien te admiraba nunca dormía!); insólitas
raís, caras imágenes, en estos sueños vanos,
como en los tiempos idos. ¡Oh imágenes remotas
de tiempos muy lejanos,
de tiempos que no existen siquiera en la memoria!

ENVÍO

Mujer, tú que has vivido en tiempos muy lejanos
como tus muertas danzas, como de tus redomas
los perfumes sutiles; mujer de manos blancas,
tú que moriste ávida de un amor, triste, sola;
oh tú, mujer que nunca te sentirás amada,
pasa hoy por estos versos como una leve sombra. . .
¡Oh tú, muerta de tiempos lejanos que no existen,
de tiempos que no existen siquiera en la memoria. . !

GABRIEL D' ANNUNZIO.



La nube

TENDIDO sobre la hierba, con la cabeza vuelta
hacia el cielo, en pereza deliciosa, no dormía
aun, pero soñaba con los ojos medio cerrados.

Fumaba, y lo que consumía mi pipa, no era ni ca-
baco de Francia ni tabaco de Oriente.

No, lo que yo había puesto en ella eran mis recuer-
dos y mis esperanzas, los besos de ayer, y los bes-
os de mañana, todos mis ensueños, aquellos que
no se realizaron, y aquellos que quizás se realiza-
rán: toda mi alma, en fin, llena de quimeras.....

Y salía de la pipa un humo que subía, que se
elevaba, se esparcía, se evaporaba y se convertía en
nada.

Yo me decía: *¡He aquí, pues, en lo que vienen a
parar mis sueños!*

Después, melancólicamente, descorazonado, me
dormí.

Quando volví a abrir los párpados, el cielo ra-
diante por el glorioso mediodía, brillaba triunfalmen-
te. Las nubes en el claro azul se elevaban rojizas
y doradas. Una de ellas, menos magnífica, más
suave, un poco sonrosada, un poco pálida, y muy
ligera, atrajo sobre todas, mi mirada.

Ella subía despacio, pero resuelta. Yo la seguí
con los ojos y con el pensamiento en su ascensión
hacia las glorias paradisíacas del sol. Y yo la ama-
ba, la amaba, porque comprendía, sabía que esa
nubecita estaba formada por el humo de mi pipa
en donde yo había puesto mis recuerdos y mis es-
peranzas, mis sueños y mi alma toda.

CATULLE MENDES.

Lo que hizo Pedro

(Traducción de Ismael Enrique Arceñiga)

Hé aquí lo que hizo Pedro siendo un niño. La historia refiriómela él mismo, y aun vive en mi memoria, con sus mismas palabras. Relato peregrino fué el de Pedro. Escuchadlo:

— «Mi padre era marino.

Viajaba para puertos lejanos, y su ausencia duraba muchas veces un año. En la inclemencia de las noches de invierno, las manos en la frente, veía yo a mi madre llorar amargamente con los ojos cerrados, en el recogimiento de su dolor, en tanto que afuera aullaba el viento.

— ¿Por qué cierras los ojos?—preguntarle solía, y enjugándose el llanto, mi madre respondía:

— Para ver en el fondo de mi alma, hijo mío,

— ¿Y qué ves en el fondo de tu alma?

— Un navío

que se inclina, azotado por la mar turbulenta, y a tu padre entre el negro fragor de la tormenta.

— Verlo también quisiera —dije— dándole un beso; no lloraré

Y el día llegó al fin del regreso.

Luz y gozo mi padre trajo con su presencia, y olvidamos felices el dolor de la ausencia; mas siempre recordaba con indecible angustia, las noches del invierno la faz doliente y mustia de mi madre llorosa, y aquel silbar del viento, que temblar nos hacía con un temblor violento, al pensar con tristeza, y ante el dolor a solas, en los barcos perdidos en medio de las olas.

Cuando por un momento salir yo le veía,
— «Ya está llorando Pedro,» de mal humor decía;
«su llanto a todas horas ya de lo justo pasa,»
Mas conmovido a veces no salía de casa.

En la sala, una noche, después de haber comido,
mi madre y él hablaban creyéndome dormido.

Mi padre le decía: «Muy temprano, mañana,
con el barco saldremos para tierra lejana.

Será, como otras veces, larga la travesía,
pero cada correo te traerá carta mía.

Vive tranquila, y siempre ten fortaleza y calma.

Cuanto a Pedro, él es bueno, mas ¡tan sensible su alma!

El hijo de un marino debe ser de *alma fuerte*,
porque tiene delante siempre el mar y la muerte.

Me hacen sufrir sus gritos y su llanto, y por eso
me iré sin despedirme, me iré sin darle un beso.

¡Qué placer sentiría, qué alborozo sin nombre,
si al volver lo encontrara ya convertido en hombre!

¡Si supiera que al alba por fuerza he de dejarlo,
su dolor cuál sería.... ¡ Me iré sin despartarlo».

Así hablaba en voz baja, más todo yo lo oía
En escuchar entonces, claro está, mal hacía;
mas saqué gran provecho de haberlo todo oído
cuando creían ambos que estaba yo dormido.
Y al oír a mi padre compadecer mi suerte,
me dije: «Es necesario tener un *alma fuerte.*»

Cuando al siguiente día ya en el cielo la aurora,
de salir de la casa para el barco era hora,
de mi cuarto a la puerta se acercó sin ruido,
acercóse en puntillas: me creía dormido:
y en silencio, e inclinada sobre el lecho la frente,
me miró con ternura, me miró fijamente.

Abrí al punto los ojos. Y como quien delira,
en tanto que los brazos me tendía mi madre,
dije en pie:—*Ya no lloro. ¡Ya soy un hombre, mira,
padre mío!*

Y entonces, quien lloró fué mi padre.»

JEAN AICARD.



En Roma

POR fin he llegado a esta capital del mundo.
Todos los sueños de mi juventud los veo vivientes
hoy. Todo es como yo me lo figuraba. Un mun-
do nuevo se abre delante de mí. Me parece haber
nacido aquí y que vuelvo de una excursión a Groen-
landia. Saludo hasta el polvo que cubre mi carrua-
je. Hay aquí obras maestras que pueden edu-
car el gusto del mundo entero por millones de años,
sin que el pensamiento llegue a sondear todo el
mérito de estos artistas.

.....
Trabajo mucho. Vuelvo a encontrarme a mí
mismo y crezco dentro de mí. . . . Soy realmente
otro hombre, renovado, completo, tranquilizado pa-
ra toda la vida.

JEAN WOLFGANG GOËTHE.

Las ondinas

ONDINAS,

copas divinas
para labios sedientos,
frescura de las carnes y de los pensamientos,
de las cosas y de los seres. . . .

¡Espejos de la gran Naturaleza!
Por vosotras hoy tienen noción de su belleza,
los lirios y los cisnes, estrellas y mujeres.

Vuestro ritmo de oro, de plata y de cristales
reproduce las músicas astrales,
esa música harmónica y sin nombre
como el lento girar de las esferas,
en la siringa de las primaveras,
amansando los bárbaros pensamientos del hombre
y humanizando el trágico instinto de las fieras.

Sois la esperanza que conduce al puerto
a los humanos naufragos, y el ensueño de todo
cuanto bajo la asfixia de un ciego sol de plomo
atraviesa el desierto.

Fuente, serena fuente
en los verdes oasis. . . . Bebamos, peregrinos. . . .
Es la vida quien canta en el cristal corriente
que alegra las tristezas de todos los caminos.

Son bellas las sirenas: flores del mar, corolas
de amor, cuyo perfume es lúbrico y ligero. . . .
¡Rompe tus ligaduras del mástil, marinero,
que te esperan sus brazos abiertos en las olas!

Ondinas,
copas divinas
para la sed de la Naturaleza. . . .
Por vosotras la Virgen queda inmóvil y muda
al ver en el espejo la aparición desnuda
de su propia belleza.

FRANCISCO VILLAESPESA.

Madrid, 1936.



A nivel del mar

El mar guarda sus ímpetus de fiera
como un león cansado que se duerme
y que en su inmensa lasitud inerme,
apenas medio vibra en la ribera.

Ya de la tarde en la penumbra incierta
en el rosado agonizar del día,
parece el agua azul de la bahía
más que un agua con vida, un agua muerta.

Corta el término gris el blanco lino
de una ligera embarcación remota
en la paz del crepúsculo marino;

mientras sobre el paisaje solitario,
un pájaro fugaz, una gaviota,
traza su misterioso itinerario. . . .

* * *

Ave errátil, sin rumbo y sin ventura,
me llenas de mortal melancolía,
¿A dónde vas entre la noche oscura?
¿A dónde vas al declinar del día?

De peñón en peñón, de vuelo en vuelo,
eres como un instinto que tragina
entre la torva inmensidad marina
y la estrellada claridad del cielo.

Mañana posarás sobre la arena
de una playa del trópico, batida
por la inquietud del viento y de la ola.

Eres gaviota como mi alma en pena
que va por las riberas de la vida
triste, lejana, fugitiva y sola. . . .

CARLOS VILLAFANE.



Española

ERA un baile solemne de pretéritas damas
y nobles caballeros de almidonadas golas.
Fuera un jardín: había muchas parejas solas,
un gran rumor de fuentes y un gran temblor de raras.

La orquesta se dormía sobre los pentagramas;
y, con un ritmo blando de aletargadas ojas,
graves damas lucían desfallecientes colas,
bocas hechas de flores y ojos hechos de llamas.

En el cuadro imponían sus enérgicos toques
los galaes, paseando con un gesto orgulloso,
sus ilustres casacas y sus finos estoques.

Lágrimeaban bujías, palpitaban espejos;
y, en mesas nacaradas, tejían con reposo
monótonos tresillos desencantados viejos....

JOSÉ SANTOS-CHOCANO,



Ultima voluntad

(Traducción de A. D.)

¡Irc! Verle morir como yo le ví un día,—a
aquel amigo que fué luz—en mi obscura juventud.—
Grave e inquieto era; tal un danzador—en medio
de una batalla:—entre los luchadores el más ale-
gre;—entre los gloriosos el más firme.—Fuerte,
pensante, sereno—en la claridad de su destino.—
Tembloroso cerca de la victoria,—rebotante de ale-
gría ante el presentimiento—de un triunfo ganado
en el umbral de la muerte;— dando órdenes en la ago-
nía, cuando—lo que ordenaba era su muerte.

¡Ah! ¡Irc! Verle morir como yo le ví un día—
con el gesto de un vencedor.

FEDERICO NIETZSCHE.

EL RETRATO DE LA AMADA

ELLA es así: la frente marfileña,
a sol bruñida la cabeza de oro.
El hombro es arco de triunfal decoro
y el cuello es cuello de gentil cigüeña.

La faz tiene el perfil de una fileña
concha de mar, en que durmió un tesoro;
y es dichoso compendio de un sonoro
brazo de lira, la nariz risueña.

Es tan blanca que a veces se confunde
su cuerpo con la luz. En lo que mira
sereno afán de castidad infunde.

Gloria junto a su boca se respira,
y en conjunto feliz ella refunde
nieve y perla, ave y flor, ángel y lira.

* * *

Ella es así: por donde pasa deja
tranquilo eco fugaz de onda remota,
pues más que andar sobre la tierra, flota
con un vaivén de nave que se aleja.

Nunca turban su voz grito ni queja;
nunca innoble pesar su ánima azota;
donde impera la sed, ella es la gota,
donde falta el panal, ella es la abeja.

Ama los versos, los jardines ama,
busca los sitios raros, cree en el arte,
y ante un cuento infantil, llanto derrama.

Cual pan de Dios la compasión reparte;
si dicha no le doy, no la reclama;
mas si alguna le dan, tengo mi parte.

MIGUEL RASCH ISLA.



El oro

MATÓ el oro en los hombres la comunión nativa
y dividió la tierra y pervirtió el cariffo:
la palabra de Cristo no es posible que viva;
sólo pudo vivir cuando el mundo era niño.

Hoy acúñanse discos para sembrar el hambre.
Antaño no existía ni la ingenua permuta,
ni las cercas de piedra, ni las redes de alambre;
que por todos los campos era libre la fruta.

Eran libres las aguas, la caza, la llanura;
como no había dueños, jamás hubo ladrones:
la vida era de paz, de amor y de dulzura;
las gentes eran buenas como las bendiciones.

Jamás alzóse el párpado para ver la miseria,
ni lloraron los niños de frío en las nevadas:
el mundo fué aquel tiempo la generosa arteria
que dió al hombre la gracia de las cosas ansiadas.

¡Oh los atardeceres de la frescura antigua,
envueltos en el alma de los ritos lejanos,
cuando todos bajaban a la fuente contigua
a beber el agua en el hueco de las manos!

¡Oh sol de aquellos siglos q' sólo hubiste auroras,
no para enviar al surco las legiones de obreros,
sino para que diese la bondad de tus horas
esperanza a la vida por campos y senderos!

Así en albas y en tardes, por collados y montes,
caminos y llanadas, en hermandad de ovejas,
fué vuestra planta libre dilatando horizontes
bajo el alegre cielo, dichosas gentes viejas....

¡Qué moral más hermosa que esta moral primera
de vivir para todos y con todos ser uno!
Los hombres no morían en luchas de frontera,
porque la tierra estaba sin valladar ninguno.

Mas, Señor de los Buenos, vuestros dones son idos:
venimos condenados a vivir sin fortuna
todos los que hemos hecho nuestros propios vestidos
con oro de los astros y plata de la luna!

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.

Un símbolo

CONTADOS son los libros donde no se emplea la alegoría de la nave como símbolo de las cosas humanas. No hay medio de escapar de tan manoseado tópico, porque las ideas que nos vienen al espíritu cuando vemos una nave flotante sobre las aguas, son las que más claramente reve-

lan nuestra concepción universal y arménica de la vida. Yo vivo en una casa rodeada de árboles, junto al mar. A

veces veo en el lejano horizonte la forma indecisa de un barco que surge entre el mar y el cielo, como portador de mensajes espirituales; después comienzo a distinguir el velamen y la arboladura; luego el casco y algo confuso que se mueve: más cerca, las maniobras de los tripulante-; por fin veo entrar el barco en el puerto y arrojar por las escotillas sobre el muelle la carga multiforme que lleva escondida en su enorme buche. Y pienso que así se nos presentan también las ideas; las cuales comienzan por un destello divino, que conforme toma cuerpo en la realidad, va perdiendo su originaria pureza hasta hundirse y encenagarse y envilecerse en las más groseras encarnaciones. Por un instante que el alma se deleite en la contemplación de una idea que nace limpia y sin mancha entre las espumas del pensamiento, ¡cuánta angustia después para hacer sensible esa idea en algunas de las menguadas y raquíticas formas de que nuestro escaso poder dispone! ¡Cuánta tristeza al verla convertida en algo material, manchada por la impureza inseparable de lo material! Si esto puede decirse de todas las ideas, aplíquese, con más rigor que a las demás, a la idea de justicia; nada existe que parezca venir de tan alto y nada existe que descienda tan bajo; nada hay que se presente más simple y más impuro, ni más humano.

ANGÉL GANIVET.

Realidad

Naturaleza es una donquiera –
en Japón o en Gonesá las distancias
suprime y son lo mismo Triptólemo
y Dombasle, la toga y las enaguas.

La Vallière con sū Luis, entre la regia
carroza blasonada,
es tan feroz cual la chipriota Venus
en el capullo de la concha blanca.

¡Oh mis hijos! ¡Oh hermanos! ¡Oh poetas!
Decid si existe el hecho, la palabra;
sed espíritus puros, y haced siempre;
no hay nada bajo para nobles almas.

En Poestum se convierte en hipo triste
la risa de Sileno, a Priapo canta
Horacio, y cruza Bottom, el grotesco,
de Shakespeare por el drama.

¡No tiene la verdad límites, hijo!
Del gran Pan, dios bestial, la hirsuta barba
y los cuernos torcidos se columbran
del ideal tras de la frente pálida.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.



Retrato de José Martí

Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida
que Atenas lo hubiera desterrado como a Arístides;
teniendo, Quijote sublime, en este fin de siglo el su-
premo desprecio del oro; altivo de abolengo por
atavismos de su sangre hidalga; ingenuo como un
niño, él que nada ignoraba; sensible con una sensi-
bilidad exquisita, delicada, femenina casi, él,
que había de encontrar en la pelea los rugidos de
Kléber; de sonrisa dulce y leal y benévola siempre,
jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que
acariciaba en la plática y relampagueaba en la tri-
buna; de vasta frente marmórea, como las de Byron
y de Goethe. Tal era Martí.

DOMINGO ESTRADA.

Día de difuntos

EL cementerio en fiesta! Ceremonia burlesca
la mascarada lúgubre atraviesa el jardín;
Colombina, de luto, derrama una grotesca
lágrima, mientras mira con amor a Arlequín.

Pierrot ha muerto; llora su consorte diablesca
y hace el más femenino y picante mohín;
con su cara de luna, blanca y funambulesca
fingiendo que solloza, se pierde en el confín.

¡Dolor de las viuditas de alma de marioneta;
Colombina, de luto, capaz de ser coqueta
con el mismo Caronte, en la Estigia laguna!

Alerquín y la dama, suspiran en la umbría
por el pobre Pierrot, y como una ironía,
recórtanse en el cielo los cuernos de la luna.



Hachones y coronas y preces rezongadas
por las esposas muertas y los amigos viejos;
farsa en que las figuras llegan siempre enlutadas
a orar sobre las tumbas con el alma muy lejos.

La reina misteriosa de la eterna quietud
hoy abre sus alcázares, mientras que los gusanos
hacen en algún negro y podrido ataúd
una glosa sarcástica de los sueños humanos.

Es de noche; en los nichos las tristes luminarias
de los difuntos brillan como almas solitarias.
¡Hora de poesía ungida de emoción

en que caen nuestras lágrimas, y en los mocos cristales
del espejo interior, resurgen fantasmales
los muertos que llevamos en nuestro corazón!

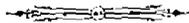
EMILIO CARRÉRE.



La vida interior

Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Así como la deformidad y el empoqueñecimiento son, en el alma de los individuos, el resultado de un exclusivo objeto impuesto a la acción y un solo modo de cultura, lo falso de lo artificial vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento; ya a la actividad mercantil, como en Fenicia; ya a la guerra como en Esparta; ya al misticismo, como en el terror del milenario; ya a la vida de sociedad y de salón, como en la Francia del siglo XVIII. Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral, aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido, pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es, en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior*, donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles, que la intemperie de la pasión impura y el interés utilitario proscriben: la vida, de que son partes la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el ocio antiguo, la impenetrable estancia de la leyenda.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



Los siete dones

PIENSAS, y la eternal Sabiduría
preserva tu feliz Entendimiento.
hablas, y tu decir es un portento,
y es tu Consejo saludable guía.

Tu Ciencia humilde sin error media
los pobres menesteres del Convento
y las cosas de Dios, y tu ardimiento
y Fortaleza un siglo estremecía.

Desde las cimas de la Tierra impura
fué tu piedad en vuelo peregrino,
ave de luz, a descifrar la Altura.

I se partieron, por igual, tu sino:
del sacro Amor la virginal dulzura
y las zozobras del Temor Divino.

GUILLERMO VALENCIA.

Púrpura

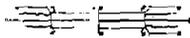
PRES ambigua como el mar. Sencillá
y completa a la vez como la ola
que el beso de la tarde tornasola
sobre los peñascales de la orilla.

Bajo el rojo dosel de tu sombrilla
miras desde el peñón, inquieta y sola,
cómo la luz sobre la mar se inmola,
y cómo el mar ante tus pies se humilla.

Agrupada la gente de la aldea
tus extraños caprichos curioseas
y de tu ingenuidad se maravilla.

Yo estoy cerca de tí, bajo las palmas,
y sueño que se besan vuestras almas
bajo el rojo dosel de tu sombrilla.

ANDRÉS MATA.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 28

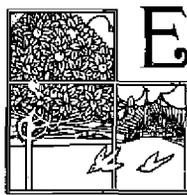
El reino de Dios, Ernesto Renán.—*Del libro de los paisajes*, Leopoldo Lugones.—*Elevación*, Charles Baudelaire.—*Lucha*, Juan María Guryan.—*A la Virgen*, Antero de Quental.—*Se pone el sol*, Federico Nietzsche.—*Dolor*, Walter de la Vogelweide.—*Horas de amanecer*, José Rodríguez Cerna.—*Stelliana*, G. A. Cesareo.—*El sueño de las palomas*, Franz Toussaint.—*Noche blanca*, Julien Ochsé.—*Laurel eterno*.—*Espíritu inmutable*, Froylán Turcios.—*El maestro*, Oscar Wilde.—*Ojos negros*, Augusto C. Coello.—*Savientia*, Ricardo Arenales.—*¡Produce!*, Thomas Carlyle.—*Nada inquietas*, Georges Duhamel.—*Metódica*, Leconte de Lisle.—*El Arte y la Naturaleza*, Jorge Guillermo Federico Hegel.—*Las alas del ángel*, Louis Mandin.—*A una única rosa*, Théophile Gautier.—*Los dos pájaros*, Rabin Irmánah Tagore.—*El quinto silencio*, Alfonso Guillén Zelaya.—*¡Nai!*, Archag Tchobanian.—*Retorno fugaz*, Juan R. Jiménez.—*Un enfant a pose son cerceau...*, Guy Lavand.—*Los conquistadores*, José Santos Chocano.—*La epifanía*, Alberto Velázquez.—*Sello de plata, tis real*, Paul Fort.

NUMERO 29

El séptimo de la vida espiritual, H. W. Longfellow.—*Las fuentes de Granada*, Francisco Villaespesa.—*La bella del bosque durmiente*, Amado Nervo.—*De dieziete a treinta*—*Autobiografía*, Peter Altenberg.—*Patria celeste*, Leopoldo de la Rosa.—*El duca de don Quijote*, José Enrique Rodó.—*En la maleza*, Johannes Schlaf.—*Laudé*, Gabriel D'Annunzio.—*A Dios*, Ramon-María Rilke.—*Marina*, Rubén Darío.—*Las cascas*, Leo Greiner.—*Cuando llega la noche*, Romero de Garalcochea.—*Visión de espinas*.—*Yo fui un pájaro*, Santiago Argüello.—*Mary Jane*, Menandro.—*Del creacion bíblica*, Manuel María Muñoz.—*Druides imperceptibles*, Domingo Estrada.—*Pastoral*, Juan R. Jiménez.—*Simplex palatinus*, Enrique Banchas.—*Winnona la Noche*, Federico de Hardenberg.—*Farsalica*, Marco Aurelio.—*Paz nocturna*, Stefano Zweig.—*Las garras del tigre*.—*Los copulaves*.—*Los alcazarones*, Froylán Turcios.—*Adiós*, Meleagro.—*La copia andaluza*, Manuel Machado.—*El Rey Alberto*, Anatole France.



El dolor de pensar



EL acto de pensar, el esfuerzo psíquico de producir una idea es, como el parto, un suceso doloroso. Los espíritus contemplativos que sueñan frente a la Naturaleza, con aquellos apacibles ojos de vaca que Homero le dió a Juno, sin trasladar al papel sus laberínticas reflexiones, no sufren el tormento de los que, teniendo el don sutil del análisis, ya sean filósofos, músicos o poetas, escriben las relaciones que hay entre su *yo* y las cosas ambientes.

La contemplación de una magnífica puesta de sol, un hermoso paisaje de montañas o la ondulante perspectiva de un gran río, es un sano gozo para todo hombre, siempre que no tenga adentro un analítico atormentado, cuya hipocondría lo enlobregueza todo. Este misrao analítico, que es generalmente un productor de ideas, sufrirá dolorosamente con el espectáculo de ese paisaje, si liga sus placeres o pesares pretéritos o presentes con la visión que tiene ante sus ojos, en tanto que otro, que no tenga su misma disposición moral, recoge toda la dulzura que se desprende de la perspectiva, sin que se altere la ecuanimidad de su espíritu.

Todo pensamiento, que es un sordo trabajo íntimo del que casi no nos damos cuenta, se traduce en un repentino dolor, más o menos intenso, según la mentalidad de cada hombre. Los grandes soñadores que, desde la niñez a la edad proveyta, viven entregados a las meditaciones, a la interrogación de las mil esfinges que hay en el camino de la vida, no son más que lamentables Cristos, mártires de la fa-